

AUGUSTO PI Y SUÑER, PROFESIONAL DE LA MEDICINA*

J. VILARDELL PERMANYER y B. RODRIGUEZ ARIAS

(Barcelona)

DENTRO del ámbito profesional estricto, la figura de Augusto Pi y Suñer, maestro genuino en la Cataluña de nuestro tiempo, alcanzó un nivel científico soberbio.

Internista por definición, cual los viejos médicos a lo Robert o a lo Esquerdo, se aplicó a fomentar más bien el capítulo de las metabopatías o enfermedades de la nutrición, poco desmembrado todavía.

No en vano sucedía, como hijo y como discípulo cabal, a un gran clínico, desaparecido prematuramente, el que fue catedrático de Patología general de Barcelona, Jaime Pi y Suñer.

Aparte de cultivar, de manera óptima, tal vez insuperable, la fisiología humana, en su naciente y espectacular versión moderna, bioquímica y bioeléctrica.

Su propia dolencia, un morbo de raigambre familiar, estilo azote bíblico, no le arredró en su rutilante trayectoria substantiva, pese a necesitar cuidados y estancias de motivo terapéutico fuera de la urbe.

Quiso y pudo compaginar, adaptado a una espera, la invalidez relativa de un lesionado subcrónico y la dolencia en el «alma mater»,

el trabajo de laboratorio, la más fidedigna expansión cultural y la asistencia rutinaria a los pacientes.

La convivencia, en el gabinete de visita y en los hospitales o sanatorios, de pedagogos o dómines admirables y colegas, que nos seducía de antaño, recreó enormemente junto al profesor Pi y Suñer.

El trato que solía dispensar a sus alumnos y colaboradores en el ejercicio normal de la carrera, llegaba a significar un auténtico privilegio, una enseñanza técnica y de fervor humanístico, una vinculación a su vida de sabio y una ganancia. Puesto que la discusión, con aire fraternal, a la cabecera del sujeto medicado, encarnaba siempre una lección de noble rango.

Así las cosas, él con nosotros y Emilio Mira y nosotros tres con él y, más adelante, su hijo Jaime, llegamos a fundar un Sanatorio o Casa Médica de Reposo, en la vecina localidad de San Justo Desvern, hace 40 años, cuando el brío económico y la tónica nosocomial principiaban a dar al traste con las obcecaciones o arbitrariedades de indudable vetustez y anunciaban una moda higio-preventivo-

* Versión castellana de la oración pronunciada en la Sesión necrológica que le dedicó la «Societat Catalana de Biologia» (Barcelona, 10-VI-65).

curativa y exploratoria, poco o nada seguida en los lugares donde nos movíamos.

Lo quirúrgico y lo psiquiátrico — esto tan sólo para recluir— tenían aceptación «in terminis» mientras transcurría la década de los irregulares y brillantes 20 del siglo.

Pero los neuróticos «vera effigies», los que sufren perturbaciones neurovegetativas, los diabéticos y los gastrópatas, entre otros, no marchaban de sus casas y de la antesala de la visita privada e individual, con grave quebranto para un diagnóstico exacto y un «decursus morbi» lógico, así como una eventual restitución de los pacientes, a título de seres útiles, a las familias y a la sociedad.

Un «equipo médico» se constituyó de pronto en la Barcelona secular o reverencial de la consulta domiciliaria y de los exámenes y de los tratamientos, instituidos casi a puerta cerrada.

Las neurosis viscerales y las agobiantes psiconeurosis, las reacciones psicopáticas de bastantes toxicómanos de salón, de la grey de venenos sociales no insultante, la diabetes apenas compensada y la latente, las disquinesias del sistema gastrointestinal, por ejemplo, demandaban un buen cambio de rumbo práctico —una «actualización», como se diría hoy— para esclarecerlas muy en sazón y para corregirlas sintomatológica y etiopatogénicamente hablando.

La indagatoria pura o a través de análisis humorales, de «tests» biológicos, de pruebas electro y radiológicas o de coloquios y entrevistas, frecuentes, de deje psicológico, exigía montar varias instalaciones «ad hoc», doblemente hoteleras y técnicas, y una organización dinámica ajustada a la finalidad perseguida.

Pi y Suñer se convirtió, de pronto, en el director supremo y autorizado de un grupo de especialistas médicos que, sencillamente y al unísono, hermanada y armónicamente, corría el velo de procesos morbosos oscuros o difíciles y los vigilaban y atendían en ambiente extrafamiliar, de aislamiento, de psicoterapia explícita.

La diabetes, esa brutal y nociva metabolopatía que Von Noorden y también numerosos autores norteamericanos revalorizaron en la égida llameante de la insulina, con vistas a disminuir sus estragos de naturaleza endotóxica permanentes o los finales o aterosclerosos, permitía a nuestro gran fisiólogo, al dogmático, no olvidar de paso el soberano arte de curar en la praxis diaria de los galenos.

La diabetología nació y Pi y Suñer, del brazo de R. Carrasco Formiguera, se aplicaba a mejorar la suerte de los desvalidos que causa una mala regulación glucémica.

La cocina dietética acostumbró a los enfermos de la nutrición a no prescindir de los beneficios que, invariablemente, ha reportado una

alimentación sujeta a normas o cánones, a porcentajes, más trascendentes de lo que solemos admitir un tanto frívolamente.

En el discurrir del año 1965, ya carece de verdadera innovación lo hecho, oportunamente, por Pi y Suñer y Carrasco, mas vale la pena mencionarlo, como bastantes detalles históricos, locales, que motivan —en ocasiones— un vulgar espanto, risa o jocosidad al presente.

La pequeña historia es importante —estimamos nosotros— para ver de frenar la atmósfera de desavenencia, de sumidad, de los falsamente elevados de cualquier minuto.

La psicosomática que médicos generales y especialistas de las patologías interna y quirúrgica defienden, con ahinco, más y más hoy día, la ejercitamos quietamente en el Sanatorio de San Justo Desvern. Psicosomática, fuera de eso, guiada por Pi y Suñer y Mira, con nosotros, heroica, ya que ni las hormonas, ni las vitaminas, que nos asombran, se daban «larga manu» y bien en sus albores,

Aparte de que la farmacodinamia vegetativa empezaba a conocerse racionalmente. Los antibióticos aparecieron mucho después. Y los productos de síntesis, las neuro-psico-drogas, estimulantes o tranquilizantes, quizá equilibradoras, en época aún más reciente.

Las perspectivas del ensayo profesional que realizaron Pi y Suñer

y sus secuaces diferirían, de afrontarlas coetáneamente. Sinsabores y avances, catástrofes y positivos logros han modificado el antiguo «statu quo», la práctica del cuarto de siglo inmediatamente anterior a éste.

La relación médico-enfermo, sobre la que se diserta «ad libitum», cuando menos a efectos teóricos, no se pretería orgullosamente, esquivamente, en los años 20. Más artesanos y menos verdades reveladoras o artículos de fe, que trastorna a los endiosados.

El que sufría quería al maestro. Le sojuzgaba, antes que nada, su prestancia señorial. Le embelesaba su verbo fácil, enérgico y matizado. Le conmovía su cariño. Le daba cuerda su perpetuo desvelo.

Nunca enturbió la cura, que nosotros sepamos, un gesto de desagrado, de cansancio, de vanidad, de prisa jactanciosa o madurada.

Con él, a su lado, atravesamos ciclos políticos de signo dispar, de credo opuesto o amenazante para los íntegros.

En el ocaso de su poder, al frente de la Universidad autónoma, nos dispensó igual acogida o protección y confianza que en situaciones adversas para él y medianas para nosotros.

La guerra civil le entristeció sobremanera, paralizó sus ansias de perfección cívica. Y el exilio, voluntario, representó una de sus consecuencias dolorosas.

En Venezuela se dedicó plena-

mente a la investigación básica y a fundar una colosal Escuela. Y al jubilarle la Administración del inmenso país hispanoamericano, se apresuró a visitar su tierna patria de origen.

Quebrantada la salud, por la involución senil, hubimos de tratarle clínicamente, en justa correspondencia a la devoción que sentía por nosotros.

El maestro inició rápidamente su decadencia psíquica, hasta el punto de que los recursos de la ciencia no paliaron nada. Dejó de ser, así, la estampa del genio, del preceptor único de numerosas generaciones.

Su docilidad le facilitó en seguida la actitud de medicarse, aunque sin suerte y sin lucha.

Cuando repasamos, a distancia, lo que en clientela, en la conducta toda —liberal y sensata— de un hombre bueno, simbolizó Pi y Suñer, una conmoción afectiva nos sacude de arriba abajo.

Su estatura y porte de «lord», más que nada del «lord» inglés que se dio en la pasada centuria, su voz tonante y grata, su apretón de manos cordial y firme, destacaron en la Barcelona de la interguerra mundial. A su lado, orientados por él, animados por él, se plasmó eficazmente una labor colectiva, biológica de fondo, global luego, de notoria aplicación, que en esta madura «Societat de Biologia», la neonata Academia de Ciencias Médicas y la biseccular Real Academia

de Medicina, realizamos magnífica y juntamente un sinnúmero de los que nos escuchan.

Labor colectiva de proyección internacional, redituable, que nos granjeó a unos y otros la estimación que merecíamos, sin el con-sabido y elemental subjetivismo, sin el recibimiento soso del buen turista médico, sin los correspondientes obsequios de anfitrión, o sea, de las impropias de los delegados de un antiguo pueblo culto.

Una trivalente influencia «pisuñeriana», procedente del laboratorio, de las aulas y de las consultas de facultativos, nos facilitó a muchos ocupar puestos —ni ambiguos ni del montón— en la Medicina catalana.

Medicina catalana que buscó en Madrid y en las restantes y diversas comarcas de la nación, un largo y hondo intercambio de afanes. Lo encontró, lo fomentó y lo mimó. Sin embargo, aquellas huestes que rigieran Pi y Suñer y Gregorio Marañón, no llegaron a conquistar los objetivos esenciales.

«Revista Médica de Barcelona», en cuya gestación, con padres resueltamente jóvenes, se notara el consejo mayor de Pi y Suñer, supo asimilar una doctrina genuina —científica, práctica, sanitaria y cultural— frente al quehacer ineludible facultativo, sustentado aquende y allende las fronteras por el amigo cuya pérdida lloramos y cuyas virtudes osamos ponderar del todo.

Cierta timidez, justificable, le llevaba a menudo a una retahíla de quejas, de palabras de cargo y de gesticulaciones, más propias del déspota —al cual odiaba— que del bendito hogareño y progenitor espiritual de tantos y tantos de nosotros. Y es que los contrastes se observan, por demás, en más de un personaje docto.

No aumentó «in crescendo» el contingente de discípulos porque no pudo. No combatió denodadamente, abiertamente, a los enemigos —reales y de circunstancia— porque la bondad dominaba de plano sus reacciones, del momento y futuras. No alcanzó la suprema preeminencia en su tierra, como algunos profetas, porque resultó víctima de envidias mezquinas y porque le minaron, pública y privadamente, la fuerza —expansiva, magna y delicada— que poseía. Pruébelo, si más no, su creación americana, la Universidad Nacional de Venezuela, con el Instituto de su inspiración. Dígalo, también, en un orden retrospectivo, del círculo interior de actividades, el traslado de la Real Academia de Medicina, durante el año 29, a la mansión solariega del Colegio de Cirugía. Escasas lumbreras, un si es o no es polifacéticas, han triunfado en el pedestal de la fama, como Augusto Pi y Suñer.

Los discursos que pronunciaba respondían a la muestra de una oratoria depurada, vibrante, justa y de cumplida enjundia; y su plu-

ma forjaba una prosa que, por su soltura y tendencia, competía con las galdosiana y marañoniana.

Constituyen legión, en América y en Europa, los seguidores entusiastas de lo que llegó a despertarles, en los dominios afectivo-volitivos, un amigo, un mentor y un presto a la loanza, único.

Aunque nosotros —insistimos una vez más— dentro del ámbito profesional estricto, nos consideramos superlativamente ligados a él, a su enseña, a su herencia y a su derrotero, como muchos de los dolientes que glorificaban sus primeras intervenciones, de medio siglo atrás.

Augusto Pi y Suñer, en su habitual faceta de médico a secas, hizo honor a una tradición, a unos conceptos, a un «modus faciendi», a una estirpe, de la más alta categoría.

Llorémosle, admirémosle sin cesar y guardémosle «córam pópulo» un reconocimiento ejemplar, porque cosechó frutos y los repartió acertadamente, porque inspiró cariño y devoción, porque tuvo una diplomacia fructífera y digna, porque defendió —sacrificándose— la integridad moral de los selectos, porque amó a los demás, férvido creyente reservado, como a sí mismo.

Sus alumnos, sus colaboradores, han de clavar la vista —perpetuamente— en el espejo de un talento, de una honradez, de una prudencia, maravillosas.